llevaba; cómo ella le mandó volver al día siguiente, no habiéndolo verificado por ocuparse en buscar quien curase á un tío suyo que gravemente había enfermado: cómo en este día había cambiado camino temiendo hallarla enojada, y no queriendo detenerse por llevar al enfermo un sacerdote: cómo, á pesar de su ardid la Señora le había salido al encuentro, le había asegurado la inmediata salud del enfermo, y le había mandado cortar en la cumbre del cerro aquellas flores, y traérselas como señal, repitiéndole que deseaba se le edificase un templo en aquel sitio. Que allí traía en su manta aquellas flores, las cuales tenía orden de no entregar ni aun dejar ver sino á él tan sólo. Y entonces desplega la tilma, bajando las puntas que traía recogidas, y sobre una mesa que allí estaba, suelta las flores que caen al punto en ella. Estas eran de varias clases, pero principalmente de las llamadas rosas de Castilla, todas las cuales estaban frescas, olorosas y aun humedecidas con el rocío de la mañana. Y al caer, y dejar ver el fondo de la tilma, aparece pintada en ella, la graciosa, dulce y siempre amada Imagen de María Santísima de Guadalupe, la morena encantadora que todo mejicano conoce, y que vosotras, niñas, también tendréis muy conocida. Al contemplarla radiante de hermosura celestial, y derramando una unción de suavidad desconocida, el Obispo devoto se arrodilla, postrado la adora, reverente la besa, y con el semblante bañado en dulces lágrimas, más y más conmovido

la contempla. También los asistentes, no menos conmovidos, admirados la contemplaban, y devotos y reverentes la adoraban. Pasados esos legítimos trasport s de gratitud y admiración, el Prelado con sus manos desata el nudo que mantenía la manta pendiente del cuello de Juan Diego, y coloca en su oratorio la Imagen prodigiosa.

Tal fué, devotas niñas, lo que algunos llaman la quinta aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, pues cuatro veces apareció ella misma al indio venturoso, y en esta vez apareció en su bellísima pintura al piadosísimo Prelado.

Dignas de nuestra veneración son las imagenes de los santos, pero mucho más las de Jesús y de María, por eso el demonio tanto las persigue, porque vé que ayudan mucho á las almas á ser de Dios y de su santa Madre. Casi nunca han faltado hereges que ataquen con furor á las imagenes, y las queman y las profanan horriblemente. Por el contrario, los católicos las veneran, las adornan, les erigen altares, les encienden lámparas y las cubren de flores, y acuden á ellas en sus penas con una confianza jamás engañada. Por eso se llevan también en medallas ó relicarios sobre el pecho, es decir cerca del corazón para mostrar el amor que se les tiene. ¿Lleváis vosotras consigo la medalla guadalupana? Pues si no la lleváis sois ingratas con nuestra querida Madre. Llevad, llevad siempre su dulce Imagen sobre vuestro corazón.

Hasta el sábado, por último, mis amiguitas.

DECIMONONO DOMINGO.

Vida de una Santita de nueve años.

XIX.

Increibles sufrimientos.—Anuncia la hora de su muerte.—Horribles convulsiones.—Expira y su rostro exhala celeste suavidad.—La tienden vestida de religiosa.— Voto en favor de las religiosas, y de las niñas que esto lean.

LA última noche estaba nuestra hermanita como una viva imagen de las almas del purgatorio, pues lo que sufría no es creible.

—¿Por qué esta noche me desuellan viva? ¿por qué me muerden por todas partes y se comen mis entrañas y toda mi carne? ¡Oh padre confesor, padre confesor! ¿qué tengo que me abrase el corazón?

—Tienes la gracia de Dios y su amor.

—¡Oh, repitió ella, qué fuego, qué grande fuego!

Nosotras la tocamos y estaba helada, corriéndole un sudor frío por todos sus miembros: ese desgarrador espectáculo duró toda la noche y la

mañana del día siguiente. No podía yo retirarme de allí, pues aunque sufría mi corazón de una manera mas horrible, gozaba al mismo tiempo en estar cerca de aquel ángel.

—¿Te acordarás, le decía yo, de rogar por nosotros cuando estés en el cielo?

—Sí, y bien que sí; yo rogaré mucho por mamá, por el Obispo, por Abuya, por mi padre confesor, por los árabes, por las otras niñas negras y por todos.

Un poco después añadió:

—Mi corazón me dice que moriré en el día después de la obediencia. Este ejercicio se hace entre nosotras después de las doce. Así sucedió.

La hermanita conservó su perfecto conocimiento hasta el último suspiro: á cada momento parecía espirar en fuerza de las terribles convulsiones que le acometían; como á las diez se le calmaron un poco, y pudo tomar una taza de caldo, después de lo cual dijo que deseaba dormir. Su confesor viéndola tranquila y fuera de peligro próximo, se retiró un poco, como á las once.

—Te vas, le dijo la moribunda, pero vuelve pronto; entre tanto mamá queda aquí en tu lugar.

Así lo hice, colocándome cerca de ella para oirla respirar.

A los doce noté que había despertado y hablaba con Dios: me aproveché de ese momento para decirle todo aquello de que quería que se acordara en el cielo. Media hora después, es decir á las

doce y media, abrió los ojos, miró del lado derecho y una sonrisa deliciosa vino á dilatar su rostro. En el instante mandé llamar al sacerdote, el señor capellán, que no tardó en llegar, pues su casa estaba cerca de la nuestra; pero ya era tarde, la niña acababa de espirar. Figúrese cualquiera la pena que le causaría no haber sido testigo de la última sonrisa de su querida penitente.

Este ángel voló al cielo á la hora misma que predijo, á la edad de nueve años. ¡Oh qué bueno es ir al cielo con la sonrisa en los labios!

Sí, querido angelito, abre tus labios inocentes á las dulces sonrisas de los bienaventurados! ¡Embriágate para siempre en las inenarrables delicias del cielo! ¡Goza de tu Dios que te ha amado tiernamente! ¡Pero por favor, acuérdate de los que gimen todavía en el áspero sendero del destierro!!!

La santa niña volvió á tomar sus formas primeras, su rostro respiraba una suavidad celestial; hubiérase dicho que el último beso del Esposo acababa de dejar allí impresa la eterna beatitud. No nos cansábamos de admirar aquel espectáculo arrebatador: algunas hermanas preguntaban si en efecto habría espirado la bienaventurada niña; y ella sonriendo parecía decir á todos los que la miraban: ¡Yo estoy en el cielo! ¡Oh qué hermosa está! decían sus compañeras; ¡oh qué hermosa está!

La expusimos en el coro, según nuestra costumbre: estaba vestida de religiosa; sobre su frente llevaba una corona de rosas blancas y en las

manos, juntamente con el Crucifijo, tenía un lirio de esplendente blancura; otras varias flores colocadas con bello orden adornaban el pequeño ataud.

Terminada ya la ceremonia fúnebre, las horas para guardar el despojo querido eran contadas y era necesario arrancarse de allí violentamente. Yo sufrí mas, pues no podía resolverme á velar aquel rostro tan puro iluminado con una belleza celestial! ¡Ay! la penosa tarea debía cumplirse: deposité en su frente virginal el último beso y devolví á la tierra lo que le era debido.

Era un ligero alivio á nuestro dolor pensar que en aquella esposa privilegiada del Señor, teníamos una poderosa patrona cerca de El. Algunas de las hermanas han sentido ya su benéfica influencia.

Hé aquí la relación sencilla y fiel de la vida de aquella que Dios me confió; y conforme á sus vías misericordiosas me esforcé en educar para el cielo, la cual también supo corresponder á las gracias de su Criador. Su vida fué corta; pero por su virtud llenó largos años. ¡Oh si todas las jóvenes cristianas imitasen al menos en parte la fidelidad de esta niña negra, correspondiendo á la milésima parte de las gracias con que Dios las previene para formar su espíritu y su corazón, cuánto mas dulce, mas fructuosa y mas fácil sería su educación! ¡Con qué consoladora esperanza sería permitido contemplar su destino futuro!...

No añadiré sino dos palabras á esta tierna re-

lación y al último voto de la madre adoptiva de la niña negra.

¡Qué Dios bendiga á religiosas tan buenas, tan delicadas y tan maternales, que en todas las comarcas del mundo son la Providencia visible de los huérfanos y de la infancia, de los abandonados y de todos los que padecen!

¡Y qué se digne bendecirte igualmente á tí, hija mía, que acabas de leer la vida de esta santita! y ¡que los ejemplos de una virtud tan perfecta y en una edad tan tierna, te hagan mas fiel en lo venidero, mas fervorosa, mas obediente, mas paciente, y mas digna, en una palabra, del Dios de tu bautismo y de tu primera comunión!

Fábula 19

La Niña y la Violeta.

Lejos ya las frescas brisas
De la gaya primavera,
Un día en que el sol de Julio
Quemaba ardiente la tierra,
A dar auxilio á las flores
Bajó al jardín Dorotea.
Al ver brillar en sus manos
Una linda regadera,
El nardo, los tulipanes,
La rosa y las madreselvas

Se agolpaban á su paso:
Y hablando en sus mudas lenguas,
Parece que la decían:
"Agua por Dios, Niña bella."
Pero, mas tenáz que todas,
En el césped, en la verja,
En las calles arenosas
Y en la enrejada glorieta,
Do quier que la Niña iba,
La perseguía una yedra,
Consiguiendo así mas riego,
Por su importuna insistencia,
Que las otras verdes plantas
Que las otras flores tiernas.
Rególas la Niña todas
Con solícita tarea;
Y cuando refrigeradas
Las vió cobrar vida nueva,
Se dispuso á abandonarlas
Con el alma satisfecha,
Creyendo ya que no había
Una sola que sufriera.
Mas su Madre la detuvo
En el dintel de la puerta,
Y llevándola al extremo
De una solitaria senda,
Con acento cariñoso
Preguntóla:—"Dorotea,
"¿Cómo en este humilde sitio
"Tus beneficios no llegan?
"No te parece escuchar
"Una queja lastimera
"Un suspiro moribundo,

«Casi al nivel de tus huellas!
«¿No te dice aquí la brisa
«Que hay una cosa secreta,
«Que hay algo rico en virtud
«Que la perfuma de esencias?»
—«Pero nada ven los ojos.»
—«¡Qué importa que nada vean,
«Si el corazón lo adivina!
«Aquí debajo esta yerba
«Hay una flor que agoniza
«Y á nadie sus duelos cuenta,
«Porque el rubor se lo impide.»
—«¡Ay Mamá! ¿Y qué flor es esa?»
—«La mas tímida de todas,
«La candorosa violeta,
«La flor que siempre se oculta
«Y llora á solas sus penas.»
—¡Oh! no temáis, no temáis;
Clamó entonces Dorotea,
«Regaréla, Madre mía,
«Más que la importuna yedra
«Más que las rosas y el nardo,
«Y más que las madreselvas.»—

La pobreza vergonzante
Es esa triste violeta:
Si no comprendeis su llanto,
Si no vais á socorrerla,
En el seno de su hogar
En su espantosa miseria,
Espirará solitaria
Por no perder su modestia.

José Salas.

30ª ADIVINANZA.

Somos dos hermanitas,
Juntas andamos;
Si quedamos manquitas,
Primas juntamos;
En un mismo suelito
Muy paraditas,
Cada día un muchachito
Con sus manitas
Nos sube, y nos abaja,
Y nos separa,
Por dentro nos rebaja,
Luego nos para,
Y otra vez nos agacha
Y nos compone,
Y otra vez nos despacha
Donde dispone.
Que la boca nos tapan
Solo añadimos;
Mas luego nos destapan
Cuando servimos.
Señas aun más te damos
Las dos hermanas:
Que diario nos mostramos
Por las mañanas.

SABADO DECIMONONO.

La Aparición guadalupana.

VII.

Juan Diego en casa del Obispo.—Visita á Juan Bernardino.—El título de Guadalupe.—El Prelado examina á los dos indios.—Colocación ó traslación de la imagen.—La basílica —La coronación.—Las niñas mexicanas sean muy devotas de la Virgen de Guadalupe.

AMADAS niñas: Después de haber el santo Obispo y los circunstantes satisfecho su devoción para con la hermosísima Imagen, prodigiosamente pintada en la tilma de Juan Diego, y después de haberla colocado con el adorno posible en el altar del oratorio episcopal, detuvieron al indio todo el día agasajándolo, y haciéndole mil preguntas sobre cuanto le había acaecido, no ya dudosos como antes, sino admirados y convencidos. Al día siguiente, acudieron con él al lugar de los sucesos, para que mostrase el sitio que la Santísima Virgen había designado para que se le edificase el templo: bajaron al lugar donde le salió al encuentro el día anterior, cerca de una fuente de agua aluminosa, (que llaman el pocito,) y

allí, y en los demás parajes, pusieron señales, para conservar la memoria de los hechos. En seguida dispuso el Obispo que algunos de los suyos pasasen con Juan Diego hasta la casa de éste, para averiguar lo que hubiese de cierto en cuanto al tío enfermo de que hablaba, y á quien la Virgen había dado la salud. Y en efecto, regresando á Méjico el Prelado, llegaron aquellas personas acompañadas del indio á su casa, y salió á recibirlos el mismo Juan Bernardino, no poco admirado de ver al sobrino acompañado de aquellos españoles, al mismo tiempo que Juan Diego no sabía qué pensar al ver sano y andando, al que había dejado un día ántes moribundo en su lecho. El sobrino contó al tío cuanto le había pasado, y cómo aquellas personas, venían de parte del Obispo á informarse de lo sucedido; Juan Bernardino, á su vez, contó cómo á la hora en que la Santísima Virgen lo había dicho á Juan Diego, la había visto él á su cabecera, en la misma forma y traje que aquel referia, y le había dado al momento cabal salud, mandándole lo refiriese todo al Señor Obispo, diciéndole que cuando le levantase el templo y colocase en él su Imagen, le llamase Santa María Virgen de Guadalupe. Tambien los otros parientes testificaron del estado de gravedad en que á la ida de Juan Diego se encontraba Bernardino, y su repentina curación, de la que les había referido, lo mismo que á ellos acababa de contar. Y viendo los españoles que la descripción que hacía aquel indio de la apari-

ción, era enteramente conforme con la pintura de la Imagen, llenos de admiración, reconocían la verdad entera de tan asombrosos sucesos. Vuelven, después de esto á la ciudad, llevando á los dos indios, para que el Obispo pudiese cerciorarse de todo por sí mismo, aunque no dudara en modo del informe de sus enviados. Y el Prelado lo hizo, en efecto, quedando más y más persuadido de la verdad, y más y más devoto de la Imagen portentosa. Colocóla en una capilla ó ermita provisoria, trasladándola en solemne y devotísima procesión con fiestas y regocijos de todos, pero muy en particular de los indios. Y esta misma Imagen, és, amadas niñas, la que hoy veneramos, ésta la que forma el encanto y la delicia de todo buen mexicano; ésta la que hizo cesar una peste horrorosa que acababa á los pobres indios; ésta la que fué llevada en canoas á México en una larga y terrible inundación que sufrió la ciudad; ésta la que se invocaba siempre con éxito cuando el cielo negaba las lluvias, viéndose al punto los efectos de su intercesión; ésta á la que se le edificaron sucesivamente tres templos, hasta la basílica actual que ahora se ensancha y se hermosea con cuantiosas expensas; ésta á la que el Sumo Pontífice León XIII, dió licencia de coronar solemnemente, lo cual no se ha podido aun verificar, (1892), pero esperamos que mas tarde se verifique. Vosotras debeis tenerle mucha devoción, mis buenas niñas, debeis, si os es posible, ir alguna vez á conocerla á su templo, visitarla en sus

santuarios, hacer siempre de ella devota mención en los días doce, prepararos á su fiesta cada año con su novena, y aun también consagrarle un mes entero, sea el de Mayo, sea el de Diciembre, meditando punto por punto sus apariciones, y demás beneficios; debeis traer sus medallas, é inscribiros en alguna de las cofradías ó asociaciones formadas en su honor. Una niña mexicana, sería muy ingrata, y muy digna de reprensión, si no fuese gran devota y fina amante de María Santísima de Guadalupe, Madre y amparo de nuestra pobre nación. Y aquí termina vuestro amigo católico. Que Dios y su Madre Inmaculada os libren del contagio del mundo, y os colmen de celestes bendiciones, amadas niñas!

Adios! sed buenas y sereis siempre felices.

EXPLICACION DE LAS ADIVINANZAS.

1ª *Acetre.* Vasija de metal con asa para traerla suspendida, y una barra que se llama hisopo, para regar la agua bendita los días domingos ántes de la misa parroquial.

2ª *Acólitos.* Niños, vestidos regularmente de encarnado y blanco que ayudan á las Misas cantadas: dos llevan los ciriales y uno el incensario. En los templos de los religiosos visten del color de la Orden, como de azúl en los de San Francisco, etc.

3ª *Altar.* La mesa ó construcción donde se celebra la Misa. Se llama altar porque es alto; en las festividades se reviste su frente con el color del Oficio, blanco ó rojo, morado ó negro, verde ó azúl.

4ª *Ara.* Piedra cuadrada, consagrada por el Obispo, que lleva un hueco con huesos de Santos mártires, que se llama sepulcro, y que se forra en lienzo grueso. Se pone en medio del altar para la celebración de la Misa.

5ª *Atriles.* Los dos apoyos donde se coloca el Misal; se ponen en los extremos del altar, se bajan de él en Misa cantada, mientras el mismo se incensa, y vuelven luego á subirse.

6ª *Barandales.* Las rejas ó enverjados de hierro ó madera que separan el templo del presbisterio y cruceros. A ellos se acercan los comulgantes, y entonces se llaman *comulgatorio*

7ª *Bautisterio.* El lugar anexo á la parroquia,

donde se halla la fuente bautismal, y los demás utensilios que se emplean en la administración del Bautismo.

8ª *Caliz.* Copa alta de plata dorada con una cubierta redonda, ambos consagrados, para la celebración de la Misa.

9ª *Campanillas.* O se usan sueltas ó en grupos que llaman campaniles, para tocar á Sanctus y á la elevación en la Misa. También se tocan para otros usos.

10ª *Candeleros.* Son de metal amarillo, y en las Iglesias pobres, de madera pintada.

11ª *Candil.* Araña adornada con mucho cristal, colgada de las bóvedas, y con brazos para llevar luces. Suelen estar cubiertos con fundas de lienzo para resguardarlos.

12ª *Cepo.* Tronco de madera con chapas de hierro y una abertura por arriba para recibir las limosnas de los fieles en el templo. Suele estar enterrado para mayor fijeza.

13ª *Ciriales.* Candeleros montados en un cabo muy alto, de metal ó madera, que llevan velas, y son llevados por los acólitos en Misa solemne ó en los Oficios. Son dos, y un tercero, mas alto, remata en una crúz alta, y se lleva enmedio de los ciriales encendidos, en las procesiones.

14ª *Cirios.* Velas gruesas de cera, colocadas en pedestales de madera, para la velación del Santísimo. Suelen velar con ellos señoras durante el día, y hombres por la noche.

15ª *Confesión.* Sacramento á manera de juicio, pues el Sacerdote, como juez se sienta en el tribunal, oye al reo, y lo sentencia.

16ª *Confirmación.* Sacramento que administra el Obispo, saliendo con mitra y báculo; en el cual unge con crisma al confirmado en la frente, y le da una pequeña bofetada, para significar que sea fuerte en la confesión de la fé.

17ª *Custodia.* Así se llama la pieza en que se expone el Santísimo Sacramento. Se compone de dos partes: la base, y lo que se llama sol, por los rayos que figura. Al terminar la Exposición, se bendice con ella al pueblo.

18ª *Estaciones.* Son catorce cruces colocadas á uno y otro lado del templo, en las paredes, para rezar frente á ellas el Via-Crucis.

19ª *Eucaristía.* Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, que reciben los que comulgan.

20ª *Facistol.* Atril montado en un pie alto, para colocar el misal mientras se canta la Epístola ó el Evangélio en Misas solemnes.

21ª *Incensario.* Braserillo de plata ó bronce con su cubierta, suspendido de tres cadenas, para poner brasas y echar en ellas el incienso para incensar el altar en Misas solemnes.

22ª *Lámpara.* Regularmente hay una colgada y ardiendo para indicar el altar donde reside la Sagrada Eucaristía. No se debe dejar apagada, jamás, ni aun por la noche.

23ª *Matraca.* Pieza de madera, que, girando produce mucho ruido, y sustituye á las campanas los tres días últimos de la Semana Santa.

24ª *Órgano.* Instrumento de voces de viento que se coloca en el coro del templo para la música sagrada. Está prohibido tocar ó acompañar con él cosas profanas.

25ª *Palio.* Lienzo de seda con flecos de oro, llevado por cuatro ó seis personas en varas de metal ó madera que lo levantan sobre la cabeza del preste y diáconos que llevan al Santísimo en procesión.

26ª *Púlpito.* Muy conocido en los templos: está elevado del lado de la Epístola, y desde él, se predica, ó se reza con el pueblo, como en el Mes de María.

27ª *Sagrario.* El Tabernáculo que guarda día y noche la Santa Eucaristía.

28ª *Santos-Óleos.* Son tres: el óleo y crisma se usan en el Bautismo; el crisma en la Confirmación, y el óleo de los enfermos en la Extrema-Unción. Se guardan en un lugar cerrado, dentro del templo. Están consagrados por el Obispo.

29ª *Templo.* La Iglesia material. A la entrada se halla el agua bendita; se cierra por las noches y se abre entre día para todos los fieles.

30ª *Vinageras.* Jarrillas, ordinariamente de cristal, donde se coloca el agua y el vino para el Sacrificio; las lleva y sirve el acólito ó ayudante.